



Vol. 15 No. 1

Marzo de 2012

EL SUJETO Y EL GRUPO. INSTRUMENTOS CONCEPTUALES PARA LA EXPLORACIÓN DE LA SUBJETIVIDAD

José Velasco García¹, María Teresa Pantoja Palmeros²
Facultad de Estudios Profesionales Iztacala
Universidad Nacional Autónoma de México

RESUMEN

Partimos de una idea de Michel Foucault, quien ubica a la teoría como caja de herramientas, para insistir en que los conceptos de sujeto y grupo nos permiten una exploración de la subjetividad. Hablamos de las características que el sujeto tenía en la filosofía moderna y el distanciamiento que se produce con Sigmund Freud, quien sin desarrollar dicho concepto, muestra un ser humano donde lo inconsciente tiene un papel fundamental. Resaltamos el trabajo de Jacques Lacan en torno al sujeto articulándolo a lo imaginario y lo simbólico. Más adelante establecemos relaciones entre los conceptos de sujeto y grupo tomando en consideración la dimensión inconsciente presente en ambos territorios, ahí recuperamos fundamentalmente argumentos de René Kaës. Hacia el final del texto hablamos de los horizontes que abren los conceptos de sujeto y grupo para explorar la subjetividad en el campo de la institución.

Palabras clave: teoría, subjetividad, sujeto, grupo, inconsciente.

¹ Profesor Asociado "C" Tiempo Completo. Facultad de Estudios Superiores Iztacala, Universidad Nacional Autónoma de México. Correo electrónico: jorevel@servidor.unam.mx

² Profesor Asociado "A" Tiempo Completo. Facultad de Estudios Superiores Iztacala, Universidad Nacional Autónoma de México. Correo electrónico: mtpantoja@campus.iztacala.unam.mx

THE SUBJECT AND THE GROUP. CONCEPTUAL INSTRUMENTS FOR THE SUBJECTIVITY RESEARCH

ABSTRACT

Based on a Michel Foucault's idea, who locates the theory as a toolbox in order to insist that the concepts of subject and group allow us a subjectivity research. We are talking about the characteristics that the subject had in modern philosophy and the distance produced with Sigmund Freud, who, not having developed this concept, shows a human being where the unconsciousness has a fundamental role. We highlight Jacques Lacan's work about the subject articulating them to the imaginary and the symbolic. Further ahead we establish relationships between the subject and group concepts taking into account the unconscious dimension present in both territories, there, we fundamentally recover René Kaës's arguments; towards the end of the text we talk about the horizons that open the subject and group concepts to explore the subjectivity in the institution field.

Key words: theory, subjectivity, subject, group, unconscious

INTRODUCCION. LA NOCIÓN DE SUJETO Y LA CAJA DE HERRAMIENTAS.

La idea de Caja de Herramientas, propuesta por Michel Foucault (1985), pretende hacer aparecer a la teoría más como un instrumento que como un sistema cerrado. Concebida de esa manera, la teoría permite franquear esa obsesión por la verdad que ha planteado el pensamiento occidental y cuya finalidad es ejercer un poder y una vigilancia permanentes sobre mujeres y hombres. La racionalidad cientificista avalada por algunas instituciones es un testimonio claro de esas ambiciones de control y vigilancia, por lo que la propuesta foucaultiana la consideramos un intento por explorar críticamente esos dispositivos que ejercen la función de centinelas del pensamiento, al mismo tiempo que se lanza a problematizar la realidad: los conceptos y la teoría como caja de herramientas, permitirían ese doble movimiento.

Retomando estas ideas, consideramos que los conceptos de sujeto y grupo tienen la posibilidad de convertirse en instrumentos, que al tiempo de permitir cierta exploración e inteligibilidad de la subjetividad, problematizan las diferentes

connotaciones que los propios conceptos tienen. Permitiéndonos pensar aquello que no habíamos siquiera imaginado, escapando de verdades que atrapan y congelan nuestro pensamiento en repeticiones incesantes. Percibimos en la propuesta de Foucault, así como en los conceptos de sujeto y grupo, una invitación a explorar la erótica del texto y de la realidad, leyendo, escuchando, impugnando las verdades, produciendo imágenes, argumentos que pueden ser compartidas al generar consensos provisionales entre agrupaciones o construir debates fructíferos que impidan las certezas místicas, dados los múltiples enigmas que nos propone la actualidad.

Acercarse a las nociones de sujeto y grupo nos permite dejarnos sorprender, cosa que es impedida por las certidumbres científico-religiosas. Aseguramos, insistiendo, que ambos conceptos hacen posible aproximarnos a esa erótica del texto que va contra cualquier verdad que reduce la realidad y la apresa en un imperativo cerrado, cuya utilidad básica es repetir ese texto en una fiel religiosidad. Por eso el pensamiento aparece para Foucault como un acto peligroso, es antes que nada una acción que puede ser transgresora. Para él, la teoría como caja de herramientas, se opondría a la dominación y nuestra idea es percatarse que los textos cuya finalidad es dar cuenta de la subjetividad, representan un conjunto de signos que arman interpretaciones mostrándose en ellos un sujeto de la escritura que no está sólo, pues la institución a la que pertenece, sus múltiples filiaciones, así como sus vínculos grupales y científicos están presentes ahí, encuentran acomodo habitando el texto pues han producido efectos en su escritura.

Es el propio Foucault quien nos propone una forma de concebir al ser humano que nos parece muy cercana a la idea de sujeto que pretendemos ubicar en este escrito. En *Las palabras y las cosas*, propone lo siguiente: “El hombre es un modo de ser tal que en él se funda esta dimensión siempre abierta, jamás delimitada de una vez por todas, sino indefinidamente recorrida, que va desde una parte de sí mismo que no reflexiona en un *cogito* al acto de pensar por medio de la cual la recobra; y que, a la inversa, va de esta pura aprehensión obstrucción empírica, al amontonamiento desordenado de los contenidos, al desplome de las

experiencias que escapan a ellas mismas, a todo el horizonte silencioso de lo que se da en la extensión arenosa de lo no pensado” (Foucault, M. 1979, p. 314).

Esa “dimensión siempre abierta” que Michel Foucault reconoce en hombres y mujeres, es lo que nosotros alcanzamos a percibir en el concepto de sujeto que proviene del psicoanálisis y que ha sido enriquecido por muchos autores, algunos de los cuales mencionaremos aquí. Ahora intentamos demostrar su operatividad y utilidad para indagar las relaciones complejas que el ser humano tiene consigo mismo y con el grupo.

GÉNESIS DE LA SUJECIÓN.

Cuando el discurso freudiano se hace presente a finales del siglo XIX y deja honda huella en el siglo XX impactando la época actual, el inconsciente se coloca frente a la noción moderna de hombre que habían manejado las filosofías racionalistas e idealistas. Los románticos se encontraban más cerca de ese ser humano al que Freud le permite hablar en el dispositivo psicoanalítico, en la medida que ellos hacen referencia a las oposiciones, dualidades y contradicciones subjetivas donde el amor y la sexualidad ocupan un lugar importante. Estamos hablando de que el psicoanálisis se coloca como oposición al sujeto que la filosofía aprecia en el umbral de la modernidad, ella lo dota de un conjunto de posibilidades, la principal es la capacidad de llevar a cabo el proceso de conocimiento consciente, explorando la realidad y construyendo conceptos que den cuenta de ella. Al mismo tiempo, ese sujeto se vuelve objeto de conocimiento, desplegándose en la modernidad la reflexión del sujeto sobre sí mismo y la reflexión del sujeto por sí mismo, tal es la idea que nos propone, Paul Ricoeur (2003) al señalar que este doble juego constituyó para la filosofía un “acto originario, fundamental y fundador”. Acto que representó uno de los rasgos fundamentales de la modernidad.

Nicola Abbagnano (1994) nos muestra algunos rostros de las vicisitudes del concepto de sujeto, propone dos formas en que la filosofía se ha acercado al concepto. Por una parte, ubicando al sujeto como aquello de lo que se habla, atribuyéndole ciertas cualidades, señalando en ocasiones que tales cualidades le

son inherentes. La otra modalidad de significaciones, tiene que ver con concebir al sujeto como el yo, la conciencia o el espíritu; donde el sujeto es colocado como un elemento determinante del proceso de conocimiento, capaz de realizar múltiples tipos de acciones, así como poseedor de una gran capacidad para desplegar su iniciativa en el mundo. Esta condición lo pone en contraposición a lo que sería el objeto de conocimiento, él es entonces el sujeto de ese proceso de conocimiento.

Sigmund Freud se desprende poco a poco de esa lógica racionalista, al interesarse por comprender y curar a los enfermos aquejados por la neurosis. En él, la noción de sujeto, sin ser desarrollada explícitamente, se expresa de manera implícita al aludir a los fenómenos inconscientes, tomando cierta distancia de esa noción moderna del sujeto. En Freud el conjunto de propiedades que definían al sujeto de la filosofía moderna están puestas entre paréntesis. La emergencia del inconsciente y su exploración en el encuadre psicoanalítico, le dio a la conciencia un lugar diferente al que la modernidad le había asignado. Nos atrevemos a decir que la conciencia de la que nos habla Freud en su extensa obra es una conciencia diferente a la de la filosofía moderna cargada de racionalismo, pues la conciencia es en la teoría freudiana una instancia articulada a otras dimensiones psíquicas. La conciencia freudiana aparece ahora como campo limitado, donde el dominio y el conocimiento de otros procesos subjetivos son igualmente reducidos. Según el padre del psicoanálisis, lo percibido por la conciencia cobra múltiples significaciones, pues el fenómeno de la represión provoca distorsiones, desplazamientos, condensaciones, que son evidenciadas por el trabajo del sueño y de la neurosis. La conciencia en el sujeto de la filosofía aparecía como medida de todas las cosas, en el psicoanálisis su campo de operación queda sensiblemente reducido.

Así pues, si bien Freud no desarrolla la noción de sujeto, sí nos muestra un ser humano que se descentra del campo de la conciencia y la razón, Lilia Esther Vargas lo dice con gran claridad: "Con sus teorizaciones sobre el inconsciente, el psiquismo, la sexualidad y el complejo de Edipo y en una verdadera subversión respecto a otras formas de explicación, Freud nos remite al fin de la ilusión del

hombre como un ser dueño de su voluntad, su conciencia, su desear y su decir". (Vargas, L., 1998, p. 60).

En ese descentramiento de la filosofía, encontramos ya un acercamiento definitivo a la noción actual de sujeto propuesta por diferentes autores que se acercan al psicoanálisis. En ellos, el sujeto aparece como ser atrapado en determinadas dimensiones pero también como entidad con posibilidades de darle múltiples sentidos a esas redes donde se encuentra alienado, siendo capaz de generar condiciones para resignificar sus lazos sociales y quebrantar esos encierros.

El sujeto aparece entonces como paradoja donde la alienación y la posibilidad de autonomía se dan cita, construyendo una tensión permanente que no se resuelve en soledad, ni aislamiento. Tanto la alienación como las vías de autonomía que puede encontrar el ser humano siempre nos remiten a los vínculos que él establece con la sociedad, con la otredad, y que marcan desde el principio su existencia, afectando enormemente su psiquismo. La otredad se ha convertido en la posibilidad misma de conformación de ese psiquismo como proceso social. En este sentido, creemos que Cornelius Castoriadis tiene mucha razón cuando señala: "Para el psicoanálisis la cuestión del sujeto es la cuestión de la psique, de la psique como tal y de la psique socializada, es decir, habiendo sufrido y sufriendo siempre un proceso de socialización. Así comprendida, la cuestión del sujeto es la cuestión del ser humano en sus innumerables singularidades y universalidades" (Castoriadis, C., 1992, p. 115).

Es Jacques Lacan, quien introduce de modo contundente en el territorio psicoanalítico la cuestión del sujeto, rescatándola de las disciplinas que se la habían apropiado como son el derecho, la filosofía y la lingüística. Por cierto que al realizar ese rescate se aproxima a esas disciplinas con un singular estilo, retomando problemáticas de suma importancia e introduciéndolas a las regiones del psicoanálisis. En varios lugares Jacques Lacan hace referencia a la disimetría entre el sujeto y la otredad, en su *Seminario Dos*, Lacan (1995) al preguntarse "¿Quién es el sujeto?" señala que Freud: "...busca la respuesta haciendo la pregunta donde el sujeto mismo puede hacérsela: analiza sus propios sueños.

Precisamente porque habla de sí mismo, pone en evidencia que otro y no él mismo habla en sus sueños... Otro, aparentemente, un segundo personaje está en relación con el ser del sujeto” (Lacan, J., 1995, p. 207). Al escribir Otro con mayúscula se refiere a lo que él denominó registro simbólico, esta referencia le permite diferenciar al sujeto del Yo. Distinción que consideramos importante en la medida en que decir sujeto no significaría reciprocidad con una sensación más o menos consciente del ser, pues esta última puede ser una ilusión que el mismo Yo produce, por lo cual Lacan ubica al Yo en el registro de lo imaginario, de tal modo que al situarlo como sujetado al Otro el sujeto en Lacan deviene sujeto del inconsciente.

Al hacer un balance del concepto de sujeto en Jacques Lacan, Carlos Fernández (2002) nos dice lo siguiente: “Lacan introduce en el psicoanálisis al sujeto que Freud inauguró y cuya filosofía bordeó permanentemente (aunque siempre se rehusó a desarrollar de modo explícito). Sujetado a un orden que lo enuncia, o mejor aún, que lo anuncia pero que no lo significa, escindido entre la verdad de su saber y el saber de su verdad, deseante de un deseo que no le pertenece pero que lo convirtió en deseante. El sujeto para Lacan es el sujeto del que la ciencia no alcanza a decir nada” (Fernández, C., 2002, p. 179).

Son pues los órdenes de sujeción los elementos estructurales de la subjetividad y que dan vida al sujeto, pues de otra manera no existe un ser humano que pueda ser reconocido como social, Si la otredad no se instaura en el humano, alienándolo, sujetándolo al orden cultural, el sujeto no emerge, la subjetividad no se consolida como tal. Lacan apunta a esos órdenes de sujeción cuando habla de que el sujeto está sujetado al Otro, refiriéndose al orden simbólico; es decir, a un conjunto de leyes no naturales que regulan las relaciones de parentesco, así como los sistemas de intercambio entre los seres humanos. Para Lacan, es muy difícil concebir la ley sin el lenguaje, lo simbólico mantiene una estrecha relación con el lenguaje, es ahí donde aparece el significante, palabra que adquiere un valor importante y enigmático, mostrando precisamente la dimensión simbólica del lenguaje, en la medida en que los elementos que lo conforman no tienen una existencia predeterminada y única, se constituyen como

elementos en la medida en que establecen relaciones de diferencia entre ellos, regulando el deseo. Tenemos que señalar que en Lacan lo simbólico nos remite a una dimensión de la otredad donde se juegan generalmente tres elementos, los cuales configuran una estructura que afecta el devenir de la subjetividad. El Complejo de Edipo es la estructura clave de esa triangulación, pues las relaciones entre sus elementos acarrearán efectos cruciales para el sujeto, principalmente porque esa triangulación produce cierta distancia entre la pulsión y su objeto, esa distancia es ya un orden simbólico.

Vemos en esa triangulación un rasgo eminentemente social que ya había señalado Sigmund Freud (1921) con claridad en *Psicología de las masas y análisis del yo*, ahí el tipo de relaciones que establece el sujeto singular con padres, hermanos, o con su pareja, incluso con el médico, son ubicados como relaciones sociales, estableciendo una diferencia con aquellas relaciones donde encontramos los procesos narcisistas y el otro parece estar excluido, o estableciendo solamente una relación dual, podríamos decir retomando a Lacan: una relación meramente especular, imaginaria.

Encontramos en la concepción simbólica del sujeto un triángulo donde el sujeto ocupa un lugar, donde se constituye como tal, pero también hay una relación dual, imaginaria, que atrapa al infante y que es el campo que posibilita la emergencia del sujeto, esa relación imaginaria se establece en un proceso que Jacques Lacan (1971) denominó Estadio del Espejo, es en ese momento cuando el niño entra en “relación libidinal esencial con la imagen del cuerpo”. Esa relación con la imagen del propio cuerpo es paradójica, en la medida en que el niño aprecia su imagen como totalidad que contrasta con la sensación de cuerpo fragmentado. Según Lacan, tenemos ahí una tensión entre dos realidades, la de la imagen y la del cuerpo, esa tensión es ya una tensión agresiva, en la medida en que la imagen completa se torna amenaza para el cuerpo fragmentado. Esa tensión parece resolverse cuando el sujeto elige ser la imagen del cuerpo total. Asume esa imagen como un Yo y eso le produce júbilo, en la medida en que parece ejercer cierto dominio sobre la fragmentación de su “propio” cuerpo. Lacan nos comenta que una vez atrapado en el júbilo de su propia imagen, el niño mira

al adulto como si buscara una validación de lo que acaba de ver, se dirige al otro para ratificar su completud. Jacques Lacan insiste en el proceso de desconocimiento presente en esa identificación inicial con una imagen que no corresponde a su realidad corporal, también insiste en la alienación que el sujeto vive al estar preso en su propia imagen, la cual no pertenece a sus posibilidades corporales.

En el Estadio del Espejo, tenemos un primer orden de sujeción a lo imaginario. Podemos preguntarnos entonces, porqué Lacan habla de sujeción al Otro, aludiendo a lo simbólico. El carácter simbólico estará presente en la medida en que es un adulto, quien sostiene al niño para que se vea frente al espejo, y aquí el vocablo **sostener** tiene fuertes implicaciones que esperamos se alcancen a percibir, ya que en ese adulto que sostiene operan de modo contradictorio un conjunto de leyes que regulan las relaciones de parentesco y del lenguaje, en ese adulto se ha establecido una cierta relación con sus progenitores, o quienes han cumplido esa función. El adulto previamente ha transitado por el Complejo de Edipo, de tal modo que al sostener al niño tiene un cierto tipo de relación con sus pulsiones, con el principio del placer, con la muerte, así como con su propio deseo. Todos estos elementos le dan el carácter simbólico al Estadio del Espejo.

Estas ideas están presentes cuando el psicoanalista francés Jacques Lacan habló del sujeto del inconsciente, se aprecia con claridad la dimensión colectiva en sus planteamientos, el carácter social está puesto en juego en las relaciones que el humano establece desde el principio consigo mismo, en esa dimensión social se inserta y aliena. La grupalidad hace patente esa sujeción.

LAS NOCIONES DE INCONSCIENTE, SUJETO Y GRUPO.

Las dimensiones ubicadas en el título de este apartado, no son territorios independientes, se complementan y se articulan de modo complejo. Para el psicoanálisis, un elemento que vincula el sujeto y el grupo tiene que ver con los procesos inconscientes que se hacen presentes en esos campos. Ahora proponemos algunos elementos de articulación donde privilegiamos esos fenómenos inconscientes.

De inicio señalamos que vemos en la propuesta de Jacques Lacan, esbozada anteriormente, una cierta cercanía con lo que propone otro psicoanalista francés. Nos referimos a René Kaës (1995) para quien el sujeto del inconsciente es apreciado en un doble estatuto, así como en una doble función. Enfatiza que el objeto teórico del psicoanálisis es el sujeto del inconsciente, espacio psíquico virtual donde se oponen los procesos psíquico-sociales del sujeto, del conjunto intersubjetivo y los procesos psíquicos narcisistas por los cuales él es para sí mismo su propio fin. Es en los procesos inconscientes donde esa red de "Otros" que intervienen como modelo, objeto, auxiliar y adversario forma el polo complementario y al mismo tiempo antagónico de las exigencias narcisistas. Esa red hace posible la misma existencia del sujeto y abre todo un horizonte de posibilidades de intercambio con la otredad, donde el conflicto psíquico y relacional estará permanentemente al asecho en la medida en que el sujeto se posiciona ante la disyuntiva de encaminarse hacia la consecución de sus deseos, apegarse a sus exigencias pulsionales sometiéndose a ellas, o encaminarse a consumir los deseos de esos Otros. Lo complicado es que la diferenciación entre esos registros donde se juega la pulsión y el deseo, no le aparece al sujeto como algo nítido, por lo que su experiencia subjetiva se vuelve permanentemente conflictiva, pero no está alejada de salidas que le permitan darle nuevos sentidos al conflicto.

Al referirnos a esa red de Otros que ubica Kaës, hemos entrado de lleno al campo de la grupalidad que afecta al sujeto desde el principio de su existencia y por el cual transita a lo largo de su vida. También ponemos sobre la mesa la cuestión de la historia misma del sujeto, pues vale la pena preguntar dónde empieza ese devenir subjetivo. Nos interesa en este momento argumentar un poco en torno a la manera en que el concepto de sujeto insinuado por Freud y en el que insiste Jacques Lacan, nos permite reconocer los efectos de la grupalidad en el ser humano y de este sobre el grupo. No olvidemos que Sigmund Freud, al construir su teoría en torno al Edipo, además de tomar en cuenta el discurso de sus analizantes, realiza una recuperación de elementos literarios. Sófocles, Sheakespeare y Dostoievski se dan cita en el pensamiento freudiano

convirtiéndose en permanentes apoyos y referencias explícitas o implícitas. Con estas bases, Sigmund Freud enuncia un conjunto de elementos que hacen referencia a ese pequeño grupo que es la familia. De los vínculos que se establecen entre los padres y el infante, se producirá una estructura psíquica donde el superyó aparecerá como heredero de esa trama edípica en la cual pulsión y fantasía estarán siempre presentes.

Conviene señalar que el infante se inserta en una cadena generacional, pero al hablar de este tipo de cadena no estamos refiriéndonos a los aspectos biológicos, estamos hablando de que el sujeto es el depositario de lo que Freud llama sueños de deseo, que no han podido realizar generaciones precedentes. El infante aparece como una paradoja al ser expectativa y falta de la otredad que se acentúa en él. Es expectativa porque en él se plantean los sueños no realizados, él es posibilidad de cumplimiento de esos sueños que muestran la falta de los padres, o de quien coloca al nuevo ser en el lugar del hijo. Esa operación de expectativa y falta, abre un espacio para que el infante se instale en la cultura. El nombre propio aparecerá como garantía de que algo se espera del nuevo ser, además es la evidencia de que algo representa para otro; es esperanza y falta de la otredad que sostiene al sujeto. El sujeto queda de ese modo erotizado, se le ha colocado en un lugar que le permite ser el centro de atención, de amor y cuidados de quienes le rodean. Se conjugan en él eso que Kaës (1995) denomina la conjunción de “varios espacios psíquicos”, lo cual permite la instauración del narcisismo, pero también el sujeto es el lugar del deseo del Otro, lo que en cierto momento lo llevará a desear el deseo de Otro. Alienación fundamental que ubica Lacan retomando la interpretación que hace Kojève de Hegel, al respecto Elí Morales (2001) nos señala lo siguiente: “Desear otro deseo, o un objeto del deseo del otro, implica en sí el riesgo por la satisfacción de ese deseo. Kojève, apoyado en Hegel, señala que en última instancia que lo que desea el deseo es el reconocimiento del deseo del otro. Lo que se desea es que lo deseado sea deseado por otro. Deseo por el deseo de otro.” (Morales, E., 2001, p. 219). Esta figura es recuperada por Lacan para hablar de la alienación del deseo del sujeto, la cual necesariamente se produce en una estructura grupal, que evidentemente

Lacan no explora como tal. En cambio, vemos en Kaës a un teórico que avanza hacia pensar el grupo, sin desechar lo propuesto por Lacan, pero que aporta elementos para ubicar los fenómenos grupales. Un sesgo importante es referirse a esa red de Otros, al hacerlo nos pone en contacto con esa procedencia colectiva de donde emerge el sujeto, pues hasta ahora no hay otra posibilidad para la existencia y constitución del sujeto, el cual se inserta en esa genealogía donde recibimos algo de esos Otros al tiempo que nos sometemos a ellos: “Que el grupo precede al sujeto del grupo: es que, en cierto modo, no tenemos en absoluto la opción de no ser puestos en el agrupamiento, como no nos es dada la opción de tener o no un cuerpo: es así como venimos al mundo, por el cuerpo y por el grupo, y el mundo es cuerpo y es grupo. La sujeción al grupo se funda sobre la ineluctable roca de la realidad intersubjetiva como condición de existencia del sujeto humano. Lo ineluctable es que somos puestos en el mundo por más de otro, por más de un sexo, y que nuestra prehistoria hace de cada uno de nosotros, mucho antes del desprendimiento del nacimiento, el sujeto de un conjunto intersubjetivo cuyos sujetos nos tienen y nos sostienen como los servidores y los herederos de sus <<sueños de deseos irrealizados>>, de sus represiones y de sus renunciamentos, en la malla de sus discursos, de sus fantasías y de sus historias”(Kaës, R., 1996, p. 17).

Tenemos ahí una prehistoria que se juega en el origen del sujeto, devenir producido antes de que el sujeto exista pero que es el arraigo de la subjetividad de ese nuevo ser, intersubjetividad que le antecede. Esa prehistoria se materializa en el inconsciente del sujeto y ahí encontraremos permanentes resignificaciones de esa anterioridad las cuales le dan al sujeto su lugar específico en el campo de lo intersubjetivo contemporáneo. Pasado y presente se entretajan así en el sujeto, dado que el grupo sostiene y erotiza al niño asignándole un lugar donde la protección y el ataque serán parte de su existencia cotidiana, igual que el conjunto de prohibiciones para sus deseos, afectos y pulsiones. El conjunto le habla y ahí el sujeto se produce como ser del lenguaje, hablante, pero de ningún modo solo por el simple hecho de hablarle, sino por los efectos del deseo de esos otros que le nombran y le hablan, al tiempo que le prohíben. En todo este proceso de relación

con la prehistoria subjetiva, de relación significativa con los otros y de posibilidades de resignificación, encontramos una zona de penumbras y de desconocimiento para ese sujeto, incluso de imposibilidad de enunciación, así como de dificultades de apropiación de eso que le ha sido heredado. Mucho de lo que le es impuesto le resulta extraño al sujeto, la trama de los otros que le sostiene y le impulsa le es propia pero al mismo tiempo ajena. El reconocimiento de la coexistencia de varias grupalidades en el sujeto le resulta inaccesible a su palabra, solamente aparecen pistas en sus identificaciones, en sus sueños o en sus síntomas, en esa zona de penumbras encontramos lo inconsciente.

Si ya hemos entrado al campo de la grupalidad, es conveniente considerar que hay modalidades conceptuales las cuales conciben al grupo como un espacio social donde solamente prevalece la adjudicación de roles y estatus, espacio predominantemente empírico en el cual se definen normas explícitas que marcan el rumbo de las relaciones interpersonales, produciéndose representaciones de tales relaciones; estas características empíricas y conceptuales propuestas se acercan mucho a lo que Armando Bauleo (1983) denominó “Psicología Social Oficial”. Según la perspectiva de este autor, esas propuestas ponen las condiciones para que el grupo sea manipulado y controlado por líderes salidos del mismo o por agentes que están más allá de espacio grupal. Surgen así técnicas grupales que trataron de dar respuesta a problemas de orden práctico como la competencia, la cooperación, la agresividad o el aprendizaje, problemáticas que se desplegaban en ciertos ámbitos como el laboral, el académico o el familiar.

También es conveniente recordar que dentro de quienes se interesan por la investigación y la comprensión de los fenómenos grupales, aparece una noción de grupo estrechamente relacionada con lo que sería el pequeño grupo, el cual se tomó como modelo para reflexionar e intervenir en él. Agrupación de dos a quince personas, aproximadamente, cuyas relaciones está dada por que comparten constantes de tiempo y espacio, aparecen ciertas normas articuladas a una finalidad clara o cuya ambigüedad juega también un papel determinante en el tipo de vínculos que crean esas personas. Previamente, Armando Bauleo (1982) se preguntó en torno a esta cuestión algo importante y nos aclaró el panorama:

“¿Pero por qué ese pequeño grupo es el modelo? Esta noción surgió como resultado de la ruptura de la famosa clasificación de Cooley de grupos primarios y secundarios, los primeros se organizan en torno de la afectividad, los segundos de acuerdo a pautas formales racionalizadas. Al hablar de pequeños grupos todos los autores dieron la impresión de haber conseguido una noción neutra, en el sentido de que podían involucrar los atributos dados al grupo primario y al secundario al poder objetivar la puesta en juego de factores afectivos e intelectivos” (Bauleo. A. 1982, p. 101).

No debemos olvidar aquí que la familia aparece como el grupo primario fundamental, tampoco podemos dejar de lado que esta noción de grupo reducido tuvo que ver con dos aspectos que consideramos centrales: por una parte, la intervención que en el grupo podía ejercer un agente exterior al mismo, pero que se incorporaba a él con fines de coordinación u observación. El pequeño grupo daba así la posibilidad a la coordinación de tener en cuenta a los integrantes del grupo; por otra parte, esta misma posibilidad de tenerse en cuenta operaba para los mismos integrantes, en la medida en que el número era reducido. Esa experiencia grupal limitada permitió pensar en una mentalidad de grupo, idea que supuestamente facilitaba el trabajo con el grupo por parte de la coordinación, al mismo tiempo que servía para la exploración de las representaciones de cada uno de los miembros del grupo. Se observa que la noción de pequeño grupo se entrelazaba a los dispositivos de trabajo que tenían como finalidad intervenir en el grupo por parte del especialista.

Nos percatamos de cierta arbitrariedad propuesta por los profesionales y teóricos del grupo, al delimitar el campo de su actuación en el colectivo, al mismo tiempo que ubican una noción de grupo. Esa arbitrariedad les favorece y los conduce a pensar en una mentalidad grupal, o como la denomina el propio Bauleo (1982): “tenerse *in mente*”. Espacio donde encontramos también un modelo de combinaciones que se producen en la experiencia grupal y abarcan composición de roles y actitudes, expresiones verbales, gestos, interacciones. Todas ellas conformarían representaciones en los integrantes del grupo, o representaciones compartidas por ese pequeño grupo. Podemos hablar así de una combinación de

representaciones e incluso de entrecruzamiento y oposición de representaciones o imágenes de los integrantes del grupo y de lo que ahí sucede. En esas representaciones o imágenes que se construyen en el grupo y en cada uno de sus integrantes, encontraremos elementos que se refieren al propio sujeto, a su posición y a sus afectos; pero también hallaremos una buena dosis de imágenes que el sujeto tiene de los otros, versiones propias que nos remiten a la forma en que él se re-presenta al conjunto o a cada uno de los que conforman ese conjunto y los lazos que establecen con el sujeto.

Esas representaciones conforman una zona donde podemos encontrar semejanzas o analogías, también contradicciones u oposiciones, zona de creación grupal dados los aportes de cada uno de los miembros del grupo entrelazados a los vínculos que se establecen entre los integrantes. Encontramos ahí múltiples y variables sentidos, representaciones polifacéticas, estáticas o cambiantes ligadas a esos vínculos. Enrique Pichon Rvière (1981) hablaba de una mutua representación interna que también da la posibilidad de ubicar la situación grupal, esa representación abre el camino para entablar un diálogo y un intercambio permanentes, un reconocimiento de sí y del otro.

Al mencionar a Pichon Rvière nos acercamos ya a un cierto tipo de psicología social, muy cercana al psicoanálisis, donde esa zona de representaciones está seriamente afectada por procesos inconscientes, de tal manera que cuando se comparten constantes de tiempo y espacio, se piensa que cada uno de los miembros proyecta sus objetos de fantasía inconscientes sobre los otros integrantes. Este interjuego de fantasías y la tensión saber-desconocimiento de su origen, lleva a los autores apegados al psicoanálisis a plantear un conjunto de conceptos que los separan del modelo más funcionalista que se interesa únicamente por las dimensiones empíricas del funcionamiento del grupo y sus posibilidades de controlarlo. Para los autores de corte psicoanalítico, el grupo es investido por la pulsión y la fantasía, apareciendo como territorio radicalmente diferente al de una psicología funcionalista: “En el campo psicoanalítico, es preferentemente un objeto de investiduras pulsionales y de representaciones inconscientes, un sistema de ligazón y de desligazón

intersubjetivas de relaciones de objeto y de las cargas libidinales y mortíferas a ellas asociadas" (Kaës, R., 1995. P. 89).

Esta caracterización genérica de lo que es el grupo, permanentemente se va a estar enriqueciendo por los autores que se involucran en el campo grupal tomando como referente la hipótesis del inconsciente. Al mismo tiempo va a ser terreno de discusión, pues aparecen polémicas interesantes, que han marcado el rumbo de la relación psicoanálisis- grupalidad. A partir de los desarrollos y polémicas con las que nos hemos involucrado, consideramos que la operación de los procesos inconscientes al interior del grupo abarca distintos niveles organizados, si se puede decir así, en relación a los procesos de identificación, mecanismos defensivos y conflictos de orden psicosexual. Kaës (1995) señala que esos procesos pueden articularse claramente con el fenómeno edípico, pero también pueden estar presentes fenómenos más arcaicos, primarios o preedípicos, donde las relaciones de objeto parciales están en juego, prevaleciendo la organización oral. Este tipo de operaciones inconscientes producen estructuras grupales que conducen a las tensiones conflictivas que hacen pensar en la generación de estructuras psíquicas, como pueden ser la neurótica, narcisista y psicótica. Lo cual significaría que el tipo de relaciones y procesos inconscientes presentes en una estructura grupal primaria, puede derivar hacia la conformación de estructuras psíquicas en el sujeto en alguna de esas modalidades. En este devenir, los procesos de identificación serán ahí una demostración de la importancia que tienen los vínculos entre lo singular y lo colectivo en los primeros encuentros del infante. Encuentros que representan un conjunto de relaciones indispensables para la supervivencia del niño, donde los cuidados otorgados por la otredad se vuelven indispensables, pero donde circulan las pasiones como torbellinos que impactan la subjetividad, estructurándola. El amor y el odio se darán cita ahí, los deseos y la sumisión, así como los enigmas y las certezas coaguladas en torno a la sexualidad, aparecerán con diferentes rostros, conformando imágenes y discursos en los diferentes miembros de esa trama. Las palabras, poco a poco, cobran ahí un gran valor pues intentan dar cuenta de esa trama intersubjetiva; ellas también se tornan campos enigmáticos

que dejan honda huella en el sujeto, significantes que conforman una historia no escrita, a veces silenciada, pero que marcan el rumbo del sujeto y de los otros.

Estos elementos van configurando una noción de grupo como estructura donde encontramos cierta organización de vínculos intersubjetivos, lo cual ya es una trama de relaciones entre varios sujetos del inconsciente que produce formaciones y procesos psíquicos. Kaës habla de una grupalidad psíquica, estructura muy relacionada con un proceso anterior donde encontramos una organización intrapsíquica caracterizada por un conjunto de ligazones reciprocas entre los elementos que la conforman, así como un conjunto de funciones que le dan sentido a lo que Freud denominó aparato psíquico. Esta grupalidad “propia” del sujeto, de ninguna manera es una pura proyección de la grupalidad intersubjetiva, pues existe un proceso que Kaës denomina, siguiendo a Freud, Trabajo Psíquico, donde esos vínculos intersubjetivos son transformados produciendo formaciones psíquicas tanto grupales como singulares.

Es importante señalar que encontramos en René Kaës, una relación muy estrecha entre estos dos niveles de formaciones psíquicas. En principio, la grupalidad misma impone una exigencia de trabajo donde la disposición de los lugares de ese agrupamiento, así como su temporalidad son la base para que se produzca el trabajo psíquico singular. Paralelamente, encontramos la realidad psíquica grupal, la cual de ningún modo puede excluir lo singular: “...la realidad psíquica del nivel del grupo se apoya y se modela sobre las estructuras de la realidad psíquica individual, principalmente sobre las formaciones de la realidad intrapsíquica; estas son transformadas, dispuestas y reorganizadas según la lógica del conjunto.” (Kaës, R., 1995 p. 105). Así, nos encontramos con una tensión permanente entre el grupo y los procesos subjetivos singulares, de tal manera que las producciones psíquicas grupales se configuran por lo que llama René Kaës el “aporte” de cada singularidad dentro del grupo.

Al ir ubicando estas relaciones complejas entre lo singular y lo grupal, aparece una pregunta: ¿es lo mismo la realidad psíquica del nivel grupal, que la realidad intrapíquica? Para enfrentar y responder esta cuestión es necesario insistir en la exigencia de trabajo psíquico que impone el grupo dados los lazos

libidinales que muy pronto se arman. Bajo esa exigencia de trabajo se constituye una realidad psíquica, pero el sujeto inmerso en esos vínculos grupales produce un proceso de acoplamiento psíquico, lo cual de ninguna manera significa una adaptación pasiva a la grupalidad, pues el sujeto es entonces actor y productor importante de esa realidad psíquica, a pesar de esa dimensión inconsciente que le impide reconocer con claridad las creaciones producidas a partir de su permanente trabajo psíquico. La instauración de la represión y su permanente operación, juegan un papel determinante en ese trabajo psíquico y en la imposibilidad de tener plena conciencia del mismo.

El sujeto aparece así relacionado con una otredad, la cual adquiere cierta materialidad en tanto que es un grupo reducido, donde el sujeto se va conformando como tal estableciendo ahí fuertes lazos con la cultura. Generalmente, las exigencias objetivas y subjetivas conducen al sujeto a transitar de ese grupo inmediato, que lo sostiene en su infancia, a diferentes agrupaciones; pero los vínculos que estableció con esa primera grupalidad son básicos para las relaciones que establecerá con otros grupos. Obviedad que hay que desmontar, pues la sujeción inicial a eso que algunos llaman grupo primario va a estar siempre en juego, en cada nueva grupalidad se reactivarán, debido a los fenómenos transferenciales, aquellos vínculos iniciales que tuvo con ese primer grupo que le dio la entrada a la cultura. Las modalidades de expresión de esos vínculos serán parte importante de la historia del sujeto y nuevamente entrará ahí en operación su trabajo psíquico, lo que dará cierta inflexión y rumbo a lo acontecido en cada nuevo grupo. Dentro de ese trabajo psíquico la producción discursiva del sujeto será un elemento que muestra la manera en que se va generando ese trabajo y el impacto que van teniendo las grupalidades en el psiquismo del sujeto.

A MANERA DE CONCLUSIÓN CON APERTURAS.

Al poner en juego las anteriores reflexiones intentamos apropiarnos de elementos para abordar el campo de la subjetividad. Las nociones de sujeto y grupo las reivindicamos como instrumentos esenciales de nuestra caja de

herramientas para ese fin. Ellas nos permiten vislumbrar el conjunto de relaciones complejas que se establecen en la subjetividad, enfatizando las relaciones intersubjetivas e intrasubjetivas, así como el papel que juega en ellas lo inconsciente.

Por supuesto, los conceptos por sí mismo no proporcionan una vía de acceso pertinente para explorar la subjetividad, es necesario apreciar las articulaciones que las nociones de sujeto y grupo establecen con un territorio teórico específico, así podremos reconocer la forma como se configura un argumento respecto a la subjetividad prefigurando una intervención. Al retomar estos conceptos, valdría la pena tener muy en cuenta lo señalado por Piera Augnier (1997), cuando se refiere a la recuperación de un concepto de cierto campo discursivo, ella señala que al realizar esta tarea recuperación, se establecen ciertos “compromisos” con el resto del campo. Nosotros estamos conscientes de que eso ocurre, a pesar de que no nos involucremos con la totalidad del campo conceptual, es por eso que vale la pena ir ubicando con claridad el porqué y cómo nos acercamos a ciertos conceptos.

Al hablar de sujeto y grupo, también se percibe todo un horizonte de posibilidades que requerimos recuperar muy pronto, pues surgen incógnitas en torno a las relaciones mantenidas por las distintas grupalidades entre sí, sus diferentes modalidades de articulación y los efectos de las mismas tanto en los grupos como en el sujeto. Al encontrarnos con esa complejidad de vínculos, aparece la necesidad de pensar en un concepto orientador que permita el abordaje de esa complejidad al tiempo que nos aporta más elementos en la comprensión de los fenómenos intersubjetivos e intrasubjetivos. Nos referimos al concepto de Institución, pues vemos en él otra herramienta fundamental y un trabajo de autores como Cornelius Castoriadis (1983), René Lourau (1975; 2000), el cual debe ser recuperado pues ahí se establecen nexos entre el sujeto, el grupo y la institución, entrelazados a la dimensión inconsciente, trabajo teórico y de intervención que es indispensable retomar para repensar los desafíos actuales.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

- Abbagnano, N. (1994). **Diccionario de filosofía**. México: Fondo de Cultura Económica.
- Aulagnier, P. (1997). **La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado**. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bauleo, A. (1982). **Ideología, grupo y familia**. México: Folios Ediciones.
- Bauleo, A. (1983). **Contrainstitución y grupos**. México: Nuevomar.
- Castoriadis, C. (1983). **La institución imaginaria de la sociedad I y II**. Barcelona: Tusquets.
- Castoriadis, C. (1992). **Psicoanálisis, proyecto y elucidación**. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Fernández, C. (2002). Una introducción al tema del sujeto en Jacques Lacan. En C. Mondragón, (coordinador) **Concepciones de ser humano**. México: Paidós, pp.177-188.
- Foucault, M. (1979). **Las palabras y las cosas**. México. Siglo XXI.
- Foucault, M. (1985). **Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones**. Madrid: Alianza.
- Freud, S. (1913) Tótem y tabú. En **Obras Completas, Vol. XIII**. Buenos Aires: Amorrortu. 1996, pp-1-164.
- Freud, S. (1921). Psicología de las masas y análisis del yo. En **Obras Completas Vol. XVIII** Argentina: Amorrortu 1996, pp. 63-136.
- Kaës, R. (1995). **El grupo y el sujeto del grupo. Elementos para una teoría psicoanalítica del grupo**. Buenos Aires: Amorrortu.
- Kaës, R. (1996). El sujeto de la herencia. En R. Kaës; H. Faimberg; M. Enriquez y J. Baranes. **Transmisión de la vida psíquica**. Buenos Aires: Amorrortu, pp. 13-29.
- Lacan, J. (1971). El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se revela en la experiencia psicoanalítica. En **Escritos**. México: Siglo XXI.

- Lacan, J. (1995). **Seminario 2. El yo en la teoría de Freud y la técnica psicoanalítica**. Argentina: Paidós.
- Lourau, R. (1975). **El análisis institucional**. Argentina: Amorrortu.
- Lourau, R. (2000). **Libertad de movimiento. Una introducción institución institucional**. Buenos Aires: Eudeba.
- Morales, E. (2001). **Sujeto del inconsciente. Diseño epistémico**. México: Ediciones de la Noche.
- Pichon R. Enrique (1981). **Del psicoanálisis a la Psicología Social**. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Ricoeur, P. (2003). "El conflicto de las interpretaciones". En P. Ricoeur. **Ensayos de hermenéutica**. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, pp. 215–243.
- Vargas, L. Esther (1998). La subjetividad del sujeto o el sujeto de la subjetividad. En **Tras las huellas de la subjetividad**. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, pp. 51-66.